

VOCES DE PAPEL

REVISTA CULTURAL PARRAL

COYAME
DEL
SOTOL



EDICIÓN N° 41 ~ MAYO 2026 ~ CHIHUAHUA, MÉXICO

DIRECTORIO



DIRECTOR Ismael Solano

Nacido en Cd. Madera Chihuahua, dedicado al periodismo desde 2002 en Prescott Valley Az. Fundador del periódico *Alianza Spanish News* que actualmente se encuentra en esa ciudad. Fundador y director de Voces de mi Región, anteriormente conocido como "Mi Región". Es también promotor, gestor cultural y fundador del actual Festival Internacional de Poesía Chihuahua, al lado de Victoria Montemayor y realizador de dos ediciones de la Feria del Libro en la calle Victoria.



COORDINADORA GENERAL Ana Victoria Ramírez Mendoza

Entusiasta por la literatura, ha participado en diversos talleres de redacción de cuento, poesía y ensayo. Ingeniero Industrial egresada de la Universidad Tecnológica de Parral, dónde fue corresponsable del Club de literatura del 2019 al 2024 con proyectos de gestión cultural para la difusión de la lectura. Fue beneficiaria del premio PACMYC 2022 con el podcast literario "Las hijas de su Chihuahua".



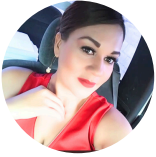
COORDINADOR REGIONAL Edgar Rodríguez Díaz

Licenciado en psicología por el Instituto de Investigaciones Sociales de Chihuahua (2022), es coautor de la antología *CONTARTE* por el Centro Cultural palabrerías junto a otros autores de la república mexicana. Es cofundador del Colectivo Literario Libre en Hidalgo del Parral. Actualmente trabaja en el área de la salud mental y dedica su tiempo libre a la gestión y difusión artística y cultural.



COORDINADORA GENERAL DE CONTENIDO Victoria Montemayor Galicia

Doctora en Educación, Artes y Humanidades y Maestra en Humanidades por la Universidad Autónoma de Chihuahua, egresada de la carrera de Lengua y Literatura Modernas Letras Italianas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha participado en Congresos nacionales e internacionales de poesía de los Siglos de Oro, Renacimiento, Barroco, literatura europea, mexicana e hispanoamericana. Entre las sedes de Congresos internacionales destacan: la Universidad de Queens en Nueva York, la Universidad de Chicago, Illinois, el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la UNAM, y el Colegio de México. Sus líneas de investigación son: literatura clásica, edad media y Renacimiento italiano. Autora del libro "Petrarca y la poesía del Renacimiento", publicado por la Universidad Autónoma de Chihuahua. Catedrática de literatura española e italiana en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Chihuahua desde 2013. Algunos de sus ensayos se encuentran en *Agradecidas Señas, A Journal of Literature, Culture & Critical Essays, Leteo, Acta Sociológica* y en la *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea*. Actualmente es la coordinadora de las licenciaturas en Letras Españolas e Hispanoamericanas en la Facultad de Filosofía y Letras y maestra de lengua italiana en el Centro de Idiomas de la UACH. Colaboradora en Voces de mi Región y organizadora del Festival de Poesía de Chihuahua desde 2016.



**COORDINADORA
EDICIÓN ESPECIAL**
Miriam Muela Marquez

Desde los 18 años se desempeñó como guía de turistas en las grutas de Coyame del Sotol, experiencia que despertó en ella el interés por impulsar y dar a conocer la riqueza turística, cultural e histórica de su municipio, con el propósito de proyectar el nombre de Coyame más allá de la región.

Gracias a la confianza brindada por Armando Reyes Mancha, actualmente participa en la atención y promoción de espacios turísticos del municipio, trabajando para que cada visitante conserve un grato recuerdo de Coyame del Sotol y de sus riquezas naturales y culturales.

ÍNDICE

Nota editorial 4
Miriam Muela Marquez

Un recorrido por la historia de Coyame de la mano de la obra compilatoria de René Franco Aguilar 6

Descender para rescatar las memorias: Una visita a las Grutas de Coyame 9

El sotol: una forma líquida de contar la historia de Chihuahua 12

Desierto, instrumentos prestados y a escondidas: tradición musical de Coyame del Sotol 16

Cuchillo Parado: una vista a la cuna de la revolución 20

Museo de la Revolución en Cuchillo Parado: donde la historia permanece 22

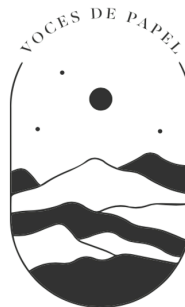
Autobiografía: Dulces Nombres 24

La Voz de la Poesía: Sotol/Dasyllirion 30
Victoria Montemayor Galicia

La cera de candelilla 31

Balnearios de Coyame: un sitio para escapar 33

Coyame abraza, recibe y permanece con nosotros 34



REVISTA DE CULTURA - CUU

Es una producción de



vocesdemiregion.com

Voces de mi Región vocesdemiregion

6141553031 vocesdemiregion@live.com.mx

NOTA EDITORIAL

Miriam Muela Marquez

Referirse al municipio de Coyame implica ir más allá de lo que se aprecia a simple vista. Si bien es uno de los municipios con mayor extensión territorial, su verdadera grandeza radica en su gente: ciudadanos que, a pesar de las adversidades, han logrado salir adelante impulsados por la aspiración de cumplir sus sueños. Esto es resultado de un legado de valentía y de raíces revolucionarias, forjado por quienes han luchado para generar un cambio, como músicos, docentes, entre otros.

Asimismo, es fundamental destacar nuestro campo, principal fuente de sustento para la mayoría de la población. La recolección de candelilla constituyó la actividad económica primordial de nuestros abuelos, quienes, mediante este noble oficio, lograron progresar. En la actualidad, las nogaleras establecidas en los alrededores del municipio, favorecidas por el cauce del río Conchos, representan un pilar esencial para el fortalecimiento de nuestra economía.

En cuanto a nuestros atractivos turísticos, destacan las majestuosas Grutas de Coyame, el balneario, Tres Castillos, el Barranco de Basilio, Cuchillito y las diversas presas con las que contamos.

Uno de los principales elementos que distinguen a nuestro municipio es el reconocido sotol, producto que ha contribuido a posicionar no solo a Coyame, sino a todo el estado, en un lugar destacado.



Deseo expresar mi sincero agradecimiento por la oportunidad de redactar esta introducción. De igual manera, extiendo mi gratitud al alcalde Armando Reyes Mancha por la confianza depositada en mi persona y por su labor en consolidar a Coyame como un municipio cada vez más próspero.

Asimismo, agradezco a todas las personas que hacen posible la edición de esta revista y, especialmente, a los lectores, sin cuyo apoyo este proyecto no sería posible.

Indudablemente, Coyame es un municipio grandioso por la bondad de su gente, la cual los recibirá siempre con los brazos abiertos.

Los géneros abordados han sido diversos, así como las geografías y los tiempos de los autores. De cada voz nace una luz distinta: un destello epistemológico que guía los senderos del conocimiento, iluminando nuestras sesiones tanto en la distancia virtual como en la cercanía presencial. En cada encuentro, las letras se vuelven semillas; en cada lector, una tierra fértil dispuesta a florecer.

La cosecha ha sido generosa. En cada historia leída germina una reflexión, una reinterpretación del presente, un diálogo con el pasado. Los textos nos han permitido mirar el mundo desde otras orillas, contrastar los avances del pensamiento y reconocer la unicidad y la pluralidad del ser humano.

Porque en el acto de leer se habita el tiempo, se cruzan los puentes de la memoria y se renace —una y otra vez— en la infinita tarea de reconstruirse.

Hemos conformado una orquesta donde cada lector es un instrumento afinado por la emoción; juntos interpretamos una vasta partitura hecha de sonidos y silencios, de blancas y negras que armonizan los destellos del alma.

Hay sed y hambre por el saber, por comprender las causas y efectos del existir, por descubrir los hilos invisibles que tejen las historias humanas —reales o imaginadas— que brotan del hecho de vivir y cohabitar en este planeta de asombros.

Leer, entonces, es escuchar la música secreta del mundo: ese compás de palabras que une las voces del pasado con los sueños del presente.

Es compartir la melodía del discernimiento, donde cada nota sumada va conformando las páginas que nos recuerdan que somos parte de una sinfonía universal de emociones, encuentros, desencuentros y memorias.

A lo largo del tiempo, el proyecto ha sido como un río: algunos se han unido a su cauce, otros se han desviado hacia nuevas orillas. No ha sido un trayecto recto ni dócil; ha habido remolinos, estiajes y desbordes. Pero la corriente sigue viva, sostenida por su propósito más profundo: leer y reconstruir, palabra a palabra, los textos que nos convocan.

Y en este remanso, cada lector es un faro solitario, encendido por la antorcha del pensamiento, bebiendo del manantial inagotable de la sabiduría que, al ser iluminado, guía y comparte con la otredad. Así reconocemos el poder transformador de la lectura en nuestra sala, que simboliza un acto de comunión: una danza íntima entre la palabra escrita y la conciencia del lector, donde el tiempo se pliega y el espacio se expande hasta el infinito.

Gracias por brindarnos este espacio en la revista y permitirnos plasmar nuestras evocaciones.

UN RECORRIDO POR LA HISTORIA DE COYAME DE LA MANO DE LA OBRA COMPILATORIA DE RENÉ FRANCO AGUILAR

Hay lugares donde el tiempo parece avanzar de otra manera. Mientras las grandes ciudades concentran la atención política, económica y cultural de un estado, existen comunidades que permanecen sosteniendo silenciosamente gran parte de la memoria colectiva de una región. Coyame del Sotol es una de ellas. Su historia no puede entenderse únicamente desde fechas, decretos o divisiones territoriales; se encuentra también en la manera en que sus habitantes aprendieron a permanecer en medio del desierto, construyendo identidad desde la resistencia cotidiana y el arraigo profundo hacia la tierra que habitan.

En la obra Coyame, un pueblo en el extenso territorio de la Nueva Vizcaya, el historiador René Franco Aguilar reconstruye el largo proceso mediante el cual este territorio pasó de ser una zona recorrida por grupos indígenas nómadas a consolidarse como una comunidad con una identidad profundamente ligada al norte chihuahuense.

Mucho antes de la llegada de los españoles, el territorio de Coyame ya era atravesado por pueblos que conocían con precisión el lenguaje del desierto. El agua determinaba el movimiento. Los manantiales y ojos de agua marcaban rutas, descansos y posibilidades de permanencia. En una región donde el clima puede volverse extremo, sobrevivir dependía de la capacidad de leer el territorio.



Apaches, conchos, julimes y otros grupos indígenas recorrieron estas extensiones áridas durante siglos, desarrollando formas de vida adaptadas a las condiciones del norte novohispano. La tierra no era un obstáculo: era conocimiento. Cada sendero, cada planta y cada refugio natural formaban parte de una relación íntima con el entorno.

Con la expansión española hacia el norte de la Nueva España, el territorio comenzó a adquirir una nueva importancia estratégica. En 1562, Francisco de Ibarra fundó la provincia de la Nueva Vizcaya, un enorme territorio que incluía buena parte del actual estado de Chihuahua.

Sin embargo, establecer poblaciones en estas regiones implicaba enfrentar enormes distancias, sequías constantes y conflictos derivados de la colonización.

Coyame comenzó a integrarse lentamente a las rutas ganaderas y comerciales que atravesaban la Nueva Vizcaya. No surgió como una gran fundación colonial definida por una fecha exacta; su crecimiento fue gradual, ligado al movimiento del ganado, a los pequeños asentamientos y a la necesidad de permanecer cerca del agua. Incluso el nombre del municipio conserva huellas de esa relación con el territorio. Aunque existen distintas interpretaciones sobre el origen de la palabra “Coyame”, una de las versiones más aceptadas la relaciona con vocablos indígenas asociados a elementos naturales de la región. Con el tiempo, el municipio incorporó oficialmente el nombre “del Sotol”, integrando al paisaje su símbolo más representativo.

El sotol ha acompañado la vida del desierto durante generaciones. Mucho antes de convertirse en una bebida reconocida dentro y fuera de Chihuahua, formaba parte de la vida cotidiana de las comunidades del norte. Su presencia en el nombre del municipio habla de algo más profundo que una tradición productiva: revela la manera en que el paisaje termina moldeando la identidad de quienes lo habitan.

Durante los siglos XVII y XVIII, la ganadería comenzó a definir buena parte de la vida regional. Los ranchos dispersos fueron formando pequeños núcleos poblacionales en medio de largas distancias y caminos difíciles.

La rutina dependía del clima, del cuidado del ganado y de la capacidad de enfrentar temporadas marcadas por la sequía.

En un territorio atravesado por el aislamiento, la cercanía entre las familias resultaba fundamental. Las comunidades crecieron desde la cooperación cotidiana: compartir agua, apoyarse durante las enfermedades o resistir juntos los periodos más difíciles. El desierto imponía condiciones duras, pero también fortalecía vínculos profundamente humanos.

Tras la Independencia de México en 1821, muchas comunidades rurales del norte continuaron enfrentando conflictos relacionados con la inseguridad y la escasa presencia gubernamental.

Aun así, la vida en Coyame siguió construyéndose desde el trabajo rural y el arraigo hacia el territorio.

Con el paso del siglo XIX, comenzó a consolidarse una identidad profundamente ligada a la cultura ranchera del norte de Chihuahua.

El paisaje, las actividades ganaderas y la vida comunitaria fueron definiendo el carácter de la región incluso en medio de las dificultades derivadas del aislamiento geográfico.

La Revolución Mexicana también atravesó la vida del municipio. Como ocurrió en gran parte del estado, muchas familias tuvieron que adaptarse a un entorno marcado por la incertidumbre y las transformaciones políticas del país. Las rutas comerciales cambiaron, la actividad ganadera se vio afectada y el desierto volvió a convertirse en escenario de resistencia cotidiana.

A pesar de ello, Coyame continuó creciendo lentamente. La cabecera municipal se transformó en punto de encuentro para las comunidades cercanas y comenzaron a surgir espacios públicos, escuelas y servicios básicos que fortalecieron la vida social de la región.

Con el tiempo, el sotol comenzó a adquirir un reconocimiento distinto. Durante muchos años fue visto únicamente como una bebida ligada a sectores rurales y populares; sin embargo, las familias productoras conservaron el conocimiento tradicional alrededor de las vinatas y del aprovechamiento de la planta. Gracias a esa permanencia silenciosa, el sotol logró mantenerse vivo hasta convertirse en uno de los símbolos culturales más importantes de Chihuahua.

Hoy, Coyame del Sotol conserva gran parte de los elementos que han definido su historia: la cercanía entre las familias, la vida vinculada al desierto y una identidad construida desde la permanencia. Aunque muchas personas han tenido que migrar hacia otras ciudades en busca de oportunidades, la comunidad continúa resguardando tradiciones, memorias y formas de habitar el territorio profundamente ligadas a sus orígenes.

Las investigaciones de René Franco Aguilar y de Yesenia Holguín permiten comprender que Coyame no representa únicamente un punto geográfico dentro del estado, sino una parte esencial de la memoria histórica y cultural del desierto chihuahuense.

La historia de Coyame demuestra que existen pueblos contruidos desde la permanencia. Comunidades que aprendieron a seguir adelante en medio de las sequías, las distancias y el paso del tiempo.

Pero también comunidades que supieron conservar aquello que les daba identidad: la memoria familiar, las tradiciones, el vínculo con el paisaje y la manera de entender la vida desde el territorio.

En sus caminos todavía sobreviven rastros de la Nueva Vizcaya, de la vida ganadera y de las generaciones que encontraron en el desierto un lugar para permanecer. Acercarse a Coyame es acercarse a una parte profunda de la historia del norte de Chihuahua, una historia que continúa viva en su gente, en sus silencios y en la tierra que sigue sosteniendo su memoria.

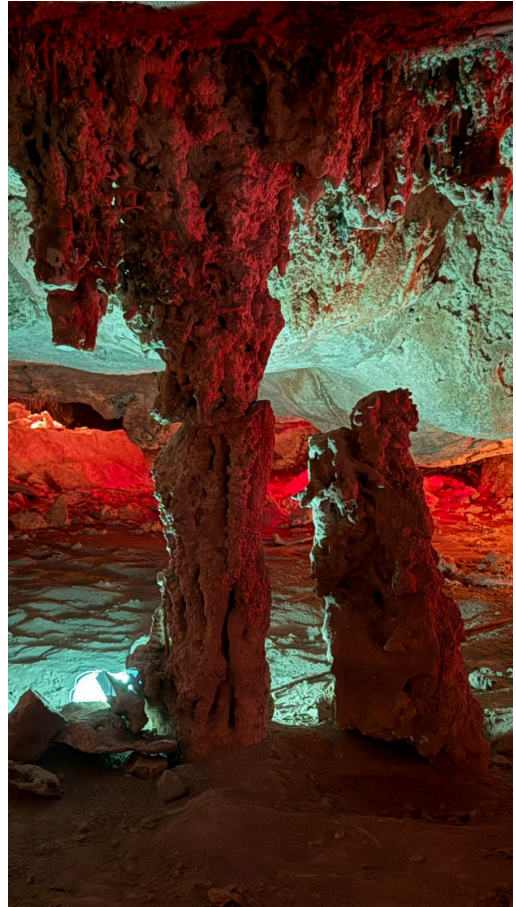
Referencias

Franco Aguilar, René. *Coyame, un pueblo en el extenso territorio de la Nueva Vizcaya*.

DESCENDER PARA RESCATAR LAS MEMORIAS: UNA VISITA A LAS GRUTAS DE COYAME

Internarse en una cavidad de piedra y descender no suena tan atractivo, a menos que se trate de bajar a las grutas de Coyame. En su superficie, el desierto se extiende abierto y luminoso, casi infinito. El sol cae en vertical y el viento reseca los labios. Todo es amplitud y horizonte hasta que te aproximas a la entrada de las grutas, es ahí donde el paisaje comienza a contraerse, -si habláramos aquí de realismo mágico- como si la tierra te atrajera así misma para contarte el secreto que lleva guardando.

El primer paso hacia adentro marca un cambio inmediato: La temperatura desciende de golpe y la luz se vuelve tímida, como si se escondiera de ti. El sonido también se transforma: afuera puedes haberte acostumbrado al viento que hablaba en ráfagas, pero adentro, el silencio es pesado, y justo porque no es un silencio vacío, sino lleno de ecos diminutos y de pasos que se repiten y se multiplican en las paredes húmedas. Descender implica confiar, en ti mismo y en quien te guía, ya que la vista tarda en adaptarse. Pero una vez acostumbrado, quedarás maravillado: La linterna dibuja paredes rugosas, formaciones caprichosas, pliegues minerales que parecen telas petrificadas en cada una de las salas, nombradas de forma tan creativa que las preguntas abundarán durante el recorrido. Estalactitas que cuelgan como dientes antiguos; estalagmitas que emergen del suelo con una paciencia milenaria.



Las formas no son neutras: el ojo de cada visitante insiste en encontrar figuras — rostros, animales, manos, siluetas que parecen observar desde la roca—formas que llevan dentro y que, en ese ejercicio imaginativo, proyectan su propia historia.



Quienes habitan Coyame hablan de estas grutas con una mezcla de respeto y familiaridad. Para ellos, no son simples atractivos geológicos, son más. Son espacios cargados de relatos cunas de historias. Ahí se han refugiado generaciones, se han contado relatos al abrigo de la oscuridad, se han transmitido anécdotas que mezclan realidad y mito a un punto de desdibujar uno del otro. Cada narración escuchada en la boca de la gente del lugar agrega una capa más a la experiencia de visitarlas y entonces, de un momento a otro, la piedra y los minerales dejan de ser eso, piedra y minerales y se convierten en testigos de la historia.

Mientras más se avanza, más evidente se vuelve la sensación de inmersión. La humedad se adhiere a la piel; el olor mineral penetra profundo; la respiración se escucha más amplificadas.

Hay una vulnerabilidad inevitable en el descenso: tu cuerpo reconoce que está bajo toneladas de tierra, sin embargo, también hay una extraña calma. Como si el interior de la gruta, en ese secreto, te ofreciera también una pausa, una suspensión del tiempo exterior. Quizá por eso el impacto emocional es tan particular, como nos lo llegaron a explicar Abigaíl Franco y Miriam Muela: en la oscuridad, las certezas, lo verdadero se reduce a lo inmediato y a la simple luz que uno porta, Todo se vuelve más esencial, por eso, logra ser también un espacio de descarga energética y emocional para los pobladores y visitantes y que, al regresar a la superficie, el contraste encontrado será abrupto.

La luz del día parecerá excesiva. La temperatura normal abrazará el cuerpo y el viento retomará su voz. Pero algo habrá cambiado.



La experiencia subterránea dejará una sensación difícil de nombrar: una mezcla de asombro, humildad y conexión con algo más antiguo que uno mismo.

Las grutas de Coyame no solo impresionan por sus formaciones geológicas, esculpidas durante años por el agua paciente. Impactan porque confrontan al visitante con la profundidad —literal y simbólica— del territorio. Son un claro recordatorio de que debajo de la aridez visible, del desierto

de Coyame existe un mundo oculto, fresco y resonante, donde el tiempo se mueve a otro ritmo, y si buscamos aprender algo de esta visita, podemos entender que así como la tierra guarda cavernas silenciosas bajo el sol ardiente, como estas grutas, las comunidades, los pueblos guardan memorias bajo la cotidianidad y Chihuahua guarda lugares maravillosos en rutas no exploradas. Basta decidir descender para descubrirlas.

¡Visita Coyame!

EL SOTOL: UNA FORMA LÍQUIDA DE CONTAR LA HISTORIA DE CHIHUAHUA



"Sacrificio"
Óleo sobre lienzo
130 cm x 95 cm
2021

Hay muchas formas de contar la historia de Chihuahua. Está la que se escribe en los libros, la que permanece en las fotografías antiguas y la que todavía sobrevive a través de la voz de quienes crecieron entre ranchos y caminos de tierra. Pero también existe una historia que se sirve en vasos pequeños y se comparte entre generaciones: el sotol.

Más que una bebida tradicional, el sotol es la forma líquida en la que el norte ha aprendido a conservar su memoria.

En él viven el desierto, la resistencia de su gente y la relación profunda que Chihuahua ha construido con una tierra dura y rebozante de identidad.

En el libro *SOTOL DASYLIRION*, la artista Yesenia Holguín rescata precisamente esa dimensión cultural y simbólica del sotol, no solamente desde la investigación, sino desde el arte. Su proyecto parte de una inquietud muy clara: retratar la tradición sotolera como una parte esencial de la vida norteña. A través de visitas a vinatas, entrevistas con productores y recopilación de testimonios e imágenes, Holguín construye un recorrido que permite entender al sotol no como un producto aislado, sino como un elemento profundamente ligado a la identidad de Chihuahua e impregnado de lo que, en sí mismo, es el estado grande.

Y es que el sotol no nació ayer. Como documenta el historiador Jesús Vargas Valdés dentro de esta misma obra, la planta del dasyllirion ha acompañado a los pueblos del norte desde tiempos antiguos. Antes incluso de convertirse en destilado, los habitantes de Paquimé y distintas comunidades del desierto ya utilizaban el sotol como alimento y como bebida fermentada. Aquellos pueblos descubrieron que al cocer la planta y dejarla reposar se generaba un jugo dulce y embriagante, ligado muchas veces a rituales y celebraciones comunitarias.

Con la llegada de los procesos de destilación durante la época colonial, el sotol comenzó a transformarse en una bebida emblemática del norte de México. Vargas Valdés señala que durante siglos los distintos destilados eran llamados simplemente “mezcal”, sin hacer demasiada distinción entre tequila, lechuguilla o sotol.

Sin embargo, con el paso del tiempo, el sotol fue tomando personalidad propia hasta convertirse en uno de los símbolos más representativos de Chihuahua.

En Coyame, el sotol no solamente forma parte del paisaje: forma parte de la conversación cotidiana, de la historia familiar y de la memoria colectiva. El propio nombre del municipio lleva marcada esa herencia. “Coyame del Sotol” No es casualidad. La presencia del sotol en esta región habla de generaciones enteras que aprendieron a sobrevivir en condiciones difíciles, aprovechando los recursos del desierto con conocimiento, paciencia y respeto.

Durante muchos años, sin embargo, el sotol fue visto como una bebida “de pobres” o exclusivamente rural. Jesús Vargas Valdés explica cómo, especialmente durante el siglo XX, la industrialización y la influencia cultural estadounidense provocaron que muchas élites locales despreciaran las costumbres tradicionales del norte, incluyendo el consumo del sotol. Mientras otras bebidas mexicanas como el tequila crecían industrial y comercialmente, el sotol permanecía ligado a pequeños productores artesanales que muchas veces fueron perseguidos o criminalizados.

Esa parte de la historia también dice mucho sobre Chihuahua. Porque a pesar del abandono institucional y del estigma social, el sotol sobrevivió gracias a la terquedad de quienes siguieron produciéndolo en ranchos, serranías y vinatas familiares. Sobrevivió porque había algo más fuerte que las modas: el sentido de pertenencia.

Hoy el sotol vive un momento distinto. Poco a poco ha comenzado a reconocerse como patrimonio cultural del norte de México y como una bebida con enorme valor histórico, artesanal y económico. Pero quizá lo más importante es que también ha empezado a recuperarse el orgullo alrededor de él, pasando de ser solo la exportación de una bebida a convertirse en el acto de defensa de una identidad.

El trabajo de Yesenia Holguín resulta valioso justamente por eso: porque entiende que detrás de cada botella existe una historia humana. En *SOTOL DASYLIRION*, el sotol aparece no solamente como producto, sino como símbolo cultural, como ritual, como paisaje y como memoria. La obra logra conectar la investigación histórica con la sensibilidad artística para reconocer y recordarnos, en cada texto y en cada pintura toda la cultura producida en el desierto.

Hablar del sotol es hablar de Chihuahua. Pero hablar del sotol en Coyame es hablar de resistencia, de orgullo y de raíces profundas. En una época donde muchas tradiciones desaparecen o se vuelven simples productos turísticos, rescatar la historia del sotol significa también rescatar la voz del norte, una voz, que narra, que cuenta historias, una voz que grita que somos Coyame, que somos Chihuahua.

Referencias

Holguín, Yesenia (coord.). *SOTOL DASYLIRION*.

Vargas Valdés, Jesús. “Notas históricas sobre la producción del sotol”, en *SOTOL DASYLIRION*.





"Elixir"

Sotol con vibora de cascabel

Óleo sobre lienzo

40 cm x 60 cm

2022

DESIERTO, INSTRUMENTOS PRESTADOS Y A ESCONDIDAS: LA TRADICIÓN MUSICAL DE COYAME DEL SOTOL.



A veces pensamos en el desierto como un lugar silencioso. Como una extensión inmensa de tierra, viento y carretera. Pero basta escuchar las historias de Coyame del Sotol para descubrir que el desierto también es música y canto, por eso, hablar de Coyame del Sotol va más allá de solo mirar su desierto, su río, su sotol o su historia revolucionaria, sino también, prestar nuestra mirada y oído para hablar de música, de una música que como nos contó Sergio Levario en entrevista, nació entre ranchos, bodegas, instrumentos prestados y familias enteras que aprendieron a hacer fiesta, dejándonos claro que que la tradición musical de Coyame sigue viva.

Desde el inicio de la conversación, y como remate a todo lo que ya hemos hablado de Coyame, aparece una idea constante: si bien es un municipio pequeño, es innegable su inmensidad en lo que aporta culturalmente a Chihuahua. Y dentro de esa riqueza, la música nortena ocupa un lugar fundamental, por ello es el tema central de este artículo.

Sergio Levario nos cuenta en esta entrevista que comenzó en la música a los 13 años. Como muchos músicos del norte, empezó sin instrumentos propios, aprendiendo prácticamente a escondidas, junto a su hermano Guadalupe Levario, David González y Óscar González, con quienes formó una agrupación de adolescentes que

terminaría convirtiéndose en “Los Ases del Norte”, una de las agrupaciones surgidas en aquella región durante los años ochenta.

“Pero antes de los escenarios hubo una bodega” nos cuenta, y es que con esa introducción y y la narrativa, parece una historia salida de una película del norte de México: instrumentos escondidos, ensayos clandestinos al mediodía para que nadie los descubriera y un viejo tocadiscos convertido improvisadamente en un amplificador. Sergio cuenta cómo tomaban sin permiso el bajo y el acordeón de su hermano mayor, Esteban Levario, quien estudiaba en Chihuahua y cuidaba sus instrumentos como un tesoro porque en aquellos años, cómo debe usted saberlo, querido lector, conseguir uno no era sencillo.

En ese desierto, donde es fácil imaginar como el calor obligaba seguramente a buscar sombra al mediodía, los muchachos se encerraban a ensayar. Superando la falta de acceso a recursos, pues no tenían maestros, no había tutoriales, no existía una escuela formal. Eran solamente ellos, su oído, su intuición y muchas ganas de hacer más.

Toda la charla con Levario fue memorable, pero sin duda una de las imágenes más bonitas de toda la entrevista ocurre cuando nos cuenta como su padre los descubrió: el señor sale de casa, escucha música salir misteriosamente de una bodega. Rodea la casa intentando descubrir de dónde viene el sonido hasta que termina encontrando a los muchachos tocando escondidos entre instrumentos y cuadernos llenos de canciones escritas a mano.

Después de pedirles, asombrado, algunas canciones, entre ellas “paloma errante” y confirmando el enorme talento de los jóvenes dijo a su esposa: “María, Tenemos músicos”. A partir de ahí comenzó otra historia: la de las familias enteras apostando por la música. La mamá de Sergio, comerciante y descrita por él mismo como “muy gallona”, decidió buscar la manera de comprarles instrumentos, aunque no hubiera dinero. Viajaron hasta Chihuahua, a Discorama —que entonces era prácticamente la única tienda de instrumentos— y al no encontrar créditos o “fiado” consiguieron el equipo financiado gracias al aval del entonces presidente municipal de Coyame, Rodolfo Gallardo. Sin saber que aquella decisión no solamente les permitiría tocar sino también ayudaría a mantener viva una tradición musical regional.

Levario cuenta con ucho entusiasmo que aún se adivina en su rostro que el primer gran momento llegó un 10 de mayo. Después de pasar la madrugada tocando mañanitas para todo el pueblo, fueron invitados al festejo del Día de las Madres. Ahí tocaron durante horas ante una comunidad que ni siquiera sabía que aquellos muchachos ya tenían un repertorio de más de treinta canciones ¡Una verdadera revelación! Y así, entre bailes, fiestas y recorridos por los municipios vecinos para pagar el equipo mes con mes, comenzó el camino musical de Sergio Levario.

Con el tiempo llegarían agrupaciones como “Alejandra y sus Coyames”, “Raíces Norteñas” y finalmente Los Ciclones del



Norte, grupo que continúa activo hasta hoy con alrededor de 10 discos grabados y que actualmente realiza giras en Estados Unidos, con presentaciones en ciudades como Albuquerque, Amarillo, Denver y Greeley y que han tenido, incluso, participación en películas.

Sin embargo, más allá de la historia individual de Sergio Levario, algo muy valioso de la entrevista es el mapa musical que dibuja sobre Coyame del Sotol, porque como podemos entender en sus palabras la música en Coyame no nació con una sola agrupación.

Sergio menciona una larga lista de grupos y familias musicales que surgieron desde los años cincuenta: los Hermanos Arroyo, los Hermanos Ramírez, los Hermanos Nieto de La Parrita, los Hermanos Salazar de Las Vigas, los Hermanos Martínez, los González de Pacheco y los Levario de Cuchillo Parado, algo que nos grita que en aquellos años, dice, casi cada comunidad importante tenía su grupo. Muchos de esos músicos terminaron integrándose después a agrupaciones reconocidas de la música nortea en Chihuahua, Texas y otros estados de Estados Unidos. De esa región han salido integrantes de agrupaciones como los Norteños de Ojinaga, los Jinetes del Bravo, Estrellas de Ojinaga, Fuerza del Río Conchos y muchas más.

Y eso es precisamente algo de lo que vuelve tan especial a Coyame: aunque muchos músicos emigraron y desarrollaron sus carreras fuera del municipio, las raíces siguen estando ahí, en los ranchos, en las comunidades y en las familias que crecieron rodeadas de acordeones y bajo sextos.

Actualmente ya no existe una agrupación completamente integrada por músicos de Coyame, pero sí continúan existiendo elementos del municipio participando en agrupaciones activas dentro y fuera de México. Y es hermoso ver y saber que la tradición no desapareció solamente se dispersó.

Algo más que nos brinda Levario en su conversación es que resulta imposible separar la música del paisaje, pues Coyame aparece constantemente como un territorio lleno de contrastes: entre su desierto, sus

aguas termales, las grutas, el río, la ganadería, el sotol y su memoria revolucionaria. Sergio habla del Río Conchos atravesando comunidades como San Pedro, La Paz y Cuchillo Parado; de la llegada de turistas durante Semana Santa; del desierto floreciendo con tonos rojos inesperados; y de las Grutas de Coyame como uno de los espectáculos naturales más impresionantes de la región, dato que con gran alegría podemos corroborar. Y en medio de todo eso la música nortea, funcionando casi como la banda sonora natural del territorio.

Porque al final, la música regional no nace solamente de instrumentos o canciones, eso es el producto final, Nace también del paisaje, del polvo en los caminos, del calor del mediodía, de los bailes comunitarios, de las relaciones surgidas ahí mismo y de las posteriores familias reunidas afuera de una bocina improvisada. Por eso historias como la de Sergio Levario nos suenan cercanas y nos resultan tan importantes: porque rescatan una memoria cultural que muchas veces queda fuera de los grandes reflectores, pero que sigue sosteniendo buena parte de la identidad musical del norte de Chihuahua.

Gracias Sergio por recordarnos que Coyame del Sotol no solamente aportó historia revolucionaria o riqueza natural sino también artística con sus músicos, y ojalá sigan existiendo historias de muchachos aprendiendo acordeón entre bodegas escondidas y desiertos interminables, porque eso será garantía de que la tradición musical del norte seguirá viva.

CUCHILLO PARADO: UNA VISITA A LA CUNA DE LA REVOLUCIÓN

La visita a Cuchillo Parado, durante un medio día lluvioso, gris y sombrío resultó una experiencia asombrosa. La terracería haciendo lo suyo: sacudiéndonos de arriba abajo, permitiendo que ese recorrido, más allá de ser cultural, investigativo, fuera también sensorial y permitiéndonos ser parte de esa fusión de las llantas sometiendo al lodo, reconociendo un camino que abre paso a un pueblo que sin querer impresionar lo logra. En cuando entramos al pueblo, comenzaron los comentarios sobre su limpieza, el orden de sus calles, la manera en que cada espacio se exhibe cuidado, y que desde ese dialogo inicial, sin la necesidad de discursos buscando convencer, nos dimos cuenta del trabajo la atención y las manos que están haciendo lo que les toca para lograr eso en el pueblo.

Sin embargo, no me gustaría que se entendiera con ello, que esa pulcritud con que nos recibió, es de esas “frías” de lo artificial, de esas preparadas con antelación para ojos del turista, no, nada de eso, me refiero más bien a la limpieza viva de lo habitado con respeto, de lo cotidiando, no de lo disfrazado: Las fachadas, las banquetas, los detalles mínimos —esas cosas que muchas veces se descuidan— aquí parecen sostenidas por una intención colectiva. Hay una narrativa silenciosa del esfuerzo del ayuntamiento, por supuesto, pero también de la gente, de ese acuerdo no escrito, pero vigente de mantener bonito lo propio, y entonces, en medio de



armonía y de ese sentido de pertenencia, reflejado en las conversaciones de nuestros guías, apareció ante nosotros el corazón del pueblo: su plaza.

Un quiosco que no solo está ahí sino que se impone con una elegancia sencilla, como si supiera que no necesita exagerar y que alguien va a llegar a verlo. Un lugar de esos que nos invitan a quedarnos y a mirar como pasa la vida, el tiempo. Para este punto, quizá usted, querido lector, esté visualizando a Cuchillo Parado como algo solamente estético, y no es así, tiene algo más profundo latiendo bajo esa belleza, late



el inicio de algo, y es que aquí, en este mismo suelo que hoy se barre y se cuida, se adelantó la historia. Mientras el país esperaba el llamado formal del Plan de San Luis impulsado por Francisco I. Madero, en Cuchillo Parado ya se había encendido la chispa. Seis días antes. Seis días que no son poca cosa cuando se habla de historia.

Fue Toribio Ortega quien, con una vehemencia que todavía parece respirarse en el aire del pueblo, y que se puede observar de forma más tangible en su museo, decidió no esperar. Obedeciendo a la idea de que los procesos no siempre obedecen calendarios y que hay momentos en los que la historia se adelanta porque ya no cabe en el silencio o la tolerancia, y eso, sin duda marca, y sin duda es también, parte de lo más profundo de esta visita.

Caminar por su plaza, mirar su quiosco, recorrer sus calles limpias sabiendo que ahí empezó un movimiento que cambiaría al país, le da otro peso a cada paso. No es un pueblo que viva de su pasado, pero sabe sostenerlo con una dignidad tranquila, con esa misma tranquilidad de saber que hizo lo que tenía que hacer en su momento.

Cuchillo Parado no necesita gritar su importancia, pero usted si necesita conocerla y visitarlo, y cuando lo haga, estoy seguro que tendrá la misma experiencia que le comparto, y cuando lo haga, encontrará en sus detalles, en su cuidado, en su historia adelantada, en su presente ordenado, en sus anfitriones, retazos de este texto, y recordará porqué le estoy dibujando a Cuchillo Parado como *ese* lugar donde la belleza y la memoria, más allá de competir, se acompañan.

MUSEO DE LA REVOLUCIÓN EN CUCHILLO PARADO: DONDE LA HISTORIA PERMANECE

Hay lugares donde la historia parece quedarse suspendida en el aire. Cuchillo Parado es uno de ellos. Basta recorrer sus calles tranquilas, mirar el paisaje abierto del desierto o escuchar a quienes han crecido entre sus relatos para entender que ahí permanece una memoria profundamente ligada al origen de la Revolución Mexicana.

En medio de esa comunidad se encuentra el Museo Histórico de la Revolución en Cuchillo Parado, un espacio que guarda fragmentos de una historia que todavía late en la región. Más que un recinto histórico, el museo se siente como una conversación con el pasado. Cada fotografía, documento y objeto parece conservar algo de quienes vivieron aquellos años marcados por la incertidumbre, el movimiento y la esperanza de transformación.

Cuchillo Parado ocupa un sitio importante dentro de la memoria histórica del país. Fue aquí donde, el 14 de noviembre de 1910, Toribio Ortega y sus hombres se levantaron en armas, adelantándose al llamado revolucionario. Ese momento convirtió al poblado en uno de los primeros escenarios de la lucha revolucionaria y dejó una huella que todavía define parte de su identidad.

Recorrer el museo permite acercarse a esa historia desde un lugar más humano. Entre las salas aparecen armas antiguas, fotografías familiares, objetos cotidianos y testimonios que ayudan a imaginar cómo era la vida en aquella época.



Hay algo profundamente conmovedor en observar piezas que pertenecieron a personas reales, habitantes de la región que atravesaron el inicio de uno de los movimientos más importantes del país.

El museo también conserva algo que a veces se pierde en los grandes relatos históricos: la dimensión cercana de las comunidades. La Revolución aquí deja de sentirse lejana o reducida a nombres conocidos. Toma forma en las voces de los habitantes, en las historias heredadas entre generaciones y en la memoria de quienes siguen viendo a Cuchillo Parado como un símbolo de resistencia y valentía.

Es ahí donde espacios como el Museo Histórico de la Revolución en Cuchillo Parado adquieren una importancia profundamente humana. Hay algo imposible de reemplazar en la experiencia de encontrarse físicamente en el mismo territorio donde ocurrieron los acontecimientos históricos. Caminar por esos espacios modifica la manera en que entendemos el pasado. La historia deja de ser una narración distante y comienza a sentirse cercana, tangible, casi presente.

Pisar el mismo suelo que alguna vez recorrieron quienes participaron en la Revolución genera una conexión difícil de explicar. El visitante comienza a imaginar las conversaciones, los temores, las decisiones y la incertidumbre que acompañaron aquellos momentos. El paisaje deja de ser únicamente un escenario y se convierte en parte viva del relato histórico. Cada objeto, fotografía o documento encuentra mayor profundidad cuando permanece en diálogo con el lugar al que pertenece.

Estas experiencias también despiertan procesos emocionales y cognitivos que transforman la forma en que aprendemos y recordamos. La memoria se construye con mayor fuerza cuando existe una experiencia sensorial de por medio: observar los espacios, recorrer las salas, escuchar las historias y habitar por unos momentos el mismo entorno donde ocurrieron los hechos. La empatía, la imaginación y la reflexión aparecen de manera casi inevitable.



Por eso, los museos históricos situados en los propios escenarios donde sucedieron los acontecimientos poseen una potencia única. Conservan piezas y documentos, pero también resguardan atmósferas, emociones y memorias colectivas. En un tiempo marcado por la inmediatez, estos espacios permiten detenerse y mirar la historia desde una experiencia mucho más cercana y humana. Tal vez ahí radica su mayor valor: en recordarnos que el pasado todavía permanece vivo en los lugares, en las comunidades y en las huellas que continúan habitando el territorio.

AUTOBIOGRAFIA

Mi nombre es Dulces Nombres Nieto Nieto. Nací el 5 de abril de 1965 en el Ejido La Paz de México, en el municipio de Coyame, cuando aún no llevaba el nombre de Coyame del Sotol. Soy el cuarto hijo del matrimonio formado por mi padre Ramón Nieto Mendoza y mi madre Amelia Nieto Véliz.

Aunque nací en una cuna humilde, siempre he dicho con orgullo que no fui pobre. Considerando las carencias de aquellos tiempos, en mi hogar nunca faltó lo indispensable: techo, comida, ropa y abrigo. Y digo abrigo no solo en el sentido material, sino también en el humano, porque fui bendecido con una madre que siempre me cobijó con ternura, amor y cuidados.

Mi nacimiento no fue sencillo. En esos años, los partos eran atendidos por parteras con conocimientos empíricos. En mi caso, fue mi abuelita Elvira quien asistió a mi madre. La dificultad surgió porque yo venía de pies, cuando lo normal es nacer de cabeza. Gracias a la experiencia y habilidad de mi abuela, logró acomodarme y el parto se convirtió finalmente en un nacimiento normal.

Mi infancia transcurrió entre sembradíos de maíz, frijol y algodón, y entre animales domésticos como vacas, caballos, burros y chivas. El cuidado de estas últimas fue mi primera gran responsabilidad. Desde los nueve años salía todos los días a pastarlas en el campo, en las lomas o en el monte. Fue ahí donde se forjó en mí el amor por la vida, por los animales y por la naturaleza.



También fue una etapa de grandes amistades con Mónico, mi primo Carlos, el primo Zalea, “el jefe” Beto Juárez, entre otros. Aunque fue una experiencia hermosa, también enfrenté dificultades que estuvieron a punto de alejarme de la escuela.

En 1972, a los siete años de edad, ingresé a la primaria. Mi primera maestra fue **Lety Salinas**, con quien aprendí a leer y escribir. Después tuve otros maestros que aportaron a mi formación, como Cande Rayos, Noemí, Elia, Socorro, Tenchita y el maestro Héctor. Concluí la primaria en junio de 1978 bajo la guía de la maestra **María Núñez Nieto**. Ese mismo año, por iniciativa de mi madre, me trasladé a la ciudad de Ojinaga para cursar la secundaria. Fueron días difíciles.

Aunque conté con el apoyo de mis tíos, con quienes me hospedé, extrañaba profundamente a mis padres. Además, la diferencia en la preparación académica con los alumnos de la ciudad hizo más complicada mi adaptación. Sin embargo, con esfuerzo y constancia, aquel niño tímido y con rezago académico logró terminar la secundaria siendo reconocido por su promedio, ubicándose entre los cinco mejores de su generación en la **Secundaria Técnica No. 20**, anteriormente Secundaria Tecnológica Agropecuaria.

Recuerdo con gratitud a mis maestros: Manuel Maldonado en Español; Victorino Espinoza en Ciencias Sociales; Armida Vega en Ciencias Naturales; Ubaldo Ávila en Ganadería; Ubaldo Machado en Agricultura y Apicultura; Cornelio Valenzuela (Q.E.P.D.) en Inglés; Elías Ramírez Zalazú (Q.E.P.D.) en Educación Física y Artística; y el profesor Torres, conocido como “Torrillos”, en Taller. De manera especial recuerdo a mi maestro de Matemáticas, **Raymundo Acosta**, quien tiene lazos muy estrechos con Coyame. También guardo memoria de los directores: el maestro Erasto Olmos, Cornelio Valenzuela (Q.E.P.D.) como interino y Pedro Ávila.

La convivencia con mis maestros despertó en mí el amor por la docencia. Desde entonces supe que quería ser maestro. Ya más maduro, viajé a la ciudad de Chihuahua para presentar examen en la Normal del Estado. Para orgullo de mis padres, fui seleccionado entre más de 1,200 aspirantes, de los cuales solo aceptaban a 200.

En 1985 me recibí como profesor de educación primaria e inicié mi labor docente en la comunidad de **San Cristóbal, Balleza**, al frente de una escuela multigrado con 25 alumnos. Era un sueño hecho realidad.

Ese mismo año contraje matrimonio con **Beatriz Barraza**, también maestra, con quien tuve dos hijos: **Adán Israel** y **Beatriz Idaly**.

Consciente de la importancia de la actualización profesional, ingresé a la Normal Superior José E. Medrano, donde obtuve el título de **Licenciado en Ciencias Naturales** en 1992. Durante esos años se me presentó la oportunidad de trabajar en secundaria, en la comunidad de **Villa Ahumada** en la escuela Estatal 3033 “Félix U. Gómez”. A partir de 1990, mi trayectoria docente se desarrolló de manera permanente en el nivel secundaria.

De Villa Ahumada me cambiaron a la Escuela Secundaria 3034 de General Trías, donde permanecí un ciclo. Por circunstancias del sistema educativo y para evitar viajar a diario cambió mi adscripción a la ciudad de Chihuahua.

En 1993 llegué a la Secundaria por Cooperación 8348 “Guadalupe Victoria”, que después se oficializó como Secundaria Estatal No. 3064. Aunque mi especialidad era Ciencias Naturales, acepté el reto de impartir Matemáticas, asignatura en la que encontré gran satisfacción y reconocimiento.

En la Secundaria 3064 tuve la oportunidad de desempeñarme como docente, subdirector y posteriormente director, siendo hasta hoy el único en recorrer ese camino dentro del plantel.

Para lograr mis ascensos, presté servicio en distintas secundarias como director encargado y subdirector, hasta obtener una plaza base como director en 2010.

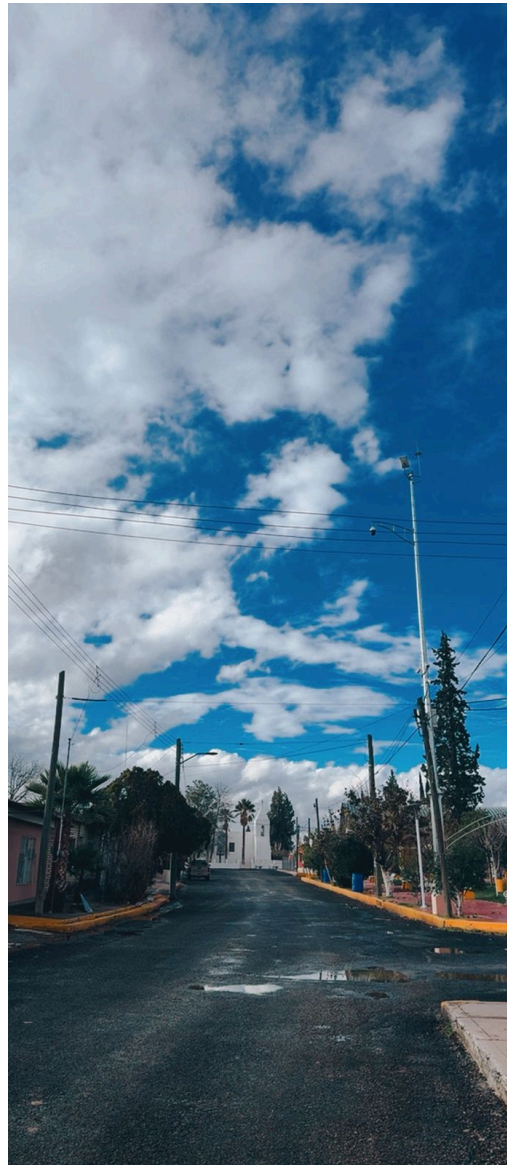
Mi compromiso con la educación me llevó a continuar mis estudios en el **Centro Chihuahuense de Estudios de Posgrado (CEECHP)**, donde obtuve la **Maestría en Desarrollo Educativo**. En 2011 regresé como director dictaminado a la Secundaria 3064, donde permanecí hasta mi jubilación en 2015.

Al jubilarme, sentí que era tiempo de dar paso a las nuevas generaciones y también de regresar a mis raíces. Volví a Coyame para acompañar a mi padre y apoyar en las actividades agrícolas. Actualmente me dedico al cultivo del nogal, herencia que él me dejó. Mi padre partió a su descanso eterno el 21 de junio de 2025, a la edad de 89 años.

En 2016 enfrenté una dura prueba con el fallecimiento de mi esposa Beatriz, tras una larga lucha contra problemas de salud. Tiempo después volví a formar pareja con **Sandra Leticia Ortiz Ch.**, compañera de trabajo a quien conocí durante mi labor directiva.

Hoy la vida nos sonríe al ser abuelos de seis hermosos nietos: **Dulce, Melina, Elián, Fernando, Santiago y Camila**, quienes son el motor que nos impulsa a seguir disfrutando de la vida, pese a sus altibajos.

Me siento profundamente orgulloso de lo que soy y de lo que he logrado. Creo firmemente que con trabajo, dedicación y esfuerzo se pueden alcanzar los sueños. Me honra ser de Coyame y pertenecer a una comunidad trabajadora, solidaria y visionaria.



¡Viva Coyame! 🌱

PRESA CUCHILLO PARADO



PRESA SAN PEDRO

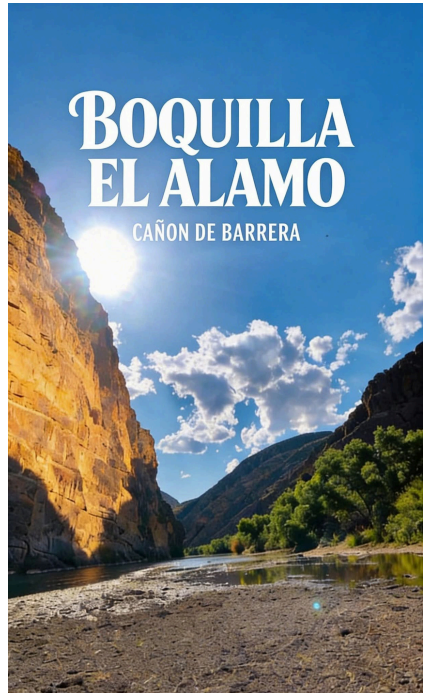
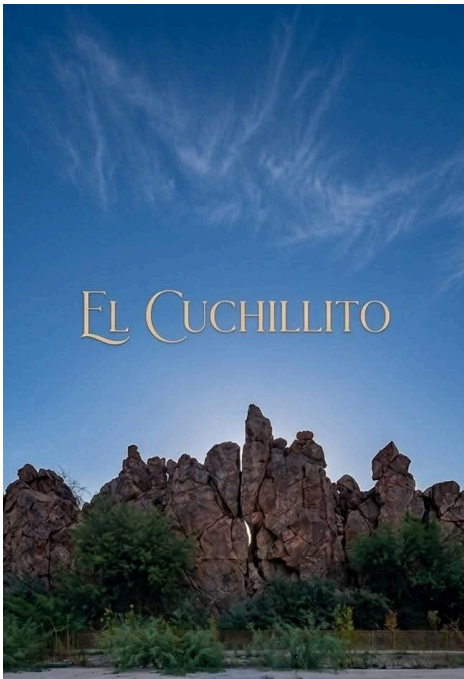
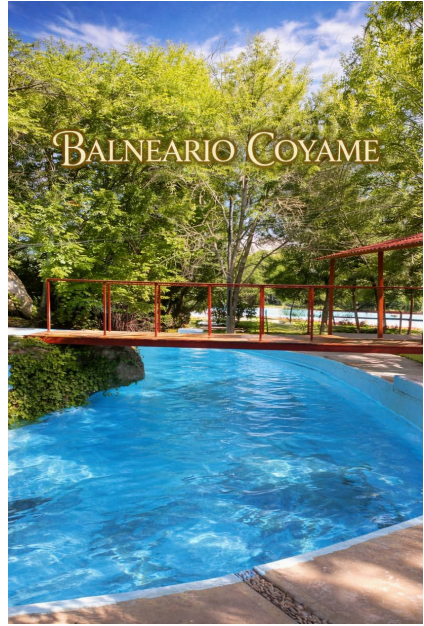


TRES CASTILLOS



CERRITO LA IGUANA MÁGICA





LA VOZ DE LA POESÍA



"Dasyliirion wheeleri"

Óleo sobre lienzo. In situ. Coyame del Sotol, Chihuahua, Méx.

50 cm x 50 cm

2023

SOTOL/DASYLIRION

Victoria Montemayor Galicia

I

Tus besos tienen el sabor de la tierra,
el humor del sotol.

II

La tierra tiembla,
brotó el dorado sotol,
se eleva de entre las peñas.
La fuerza del desierto
es fuego que incendia el cielo,
es el paso veloz del corre caminos
que surca y habita el yermo.

III

A veces emana el humo de la tierra,
doradas cabezas reposan entre las piedras.
El aroma del encino acaricia lentamente las
piñas
en noches de luna y viento.

IV

Dasytirion
La tierra esparce tu dulce esencia
como cántico que se eleva al compás
de la tramontana y al vaivén de las
palmillas.

V

El sotol y la pitaya danzan a la espera
de la noche engalanada de estrellas,
las codornices se congregan como
hermanitas
y las xerófilas elevan sus flores
como ofrendas al dios del desierto.

VI

El firmamento colorido del desierto
esparce su luz azul violeta,
dasytirion, serpiente que danza
entre las rocas se eleva de la tierra.
¡Ruge el páramo!
La serpiente se enrosca al sotol,
sisea, el cascabel resuena,
éxtasis de aromas y esencias
es el oro del desierto.

VII

El campo tiembla y el peyote florece.
El desierto ataviado de sinfonías
esplende al murmullo del céfiro,
las candelillas tintinean
y el firmamento se corona de lienzos
rojizos dorados cerúleos y violetas
que desatan el encanto de la naturaleza.
Lentamente brotan los retoños
que vuelven apacible y ceremoniosa
la vida en este áureo y pintoresco yermo.
¡Sotol, fruto carnoso y succulento del
desierto
no nos desampares ni de noche ni de día!

VIII

¡Oh tierra! Déjame beber
de las piñas sagradas
que en ti reposan.
Permite que el río me cuente
historias antiguas y sacras.
Que el viento me envuelva
en su cántico y dancedmos
a la luz de los astros
en este mágico yermo.

LA CERA DE CANDELILLA

La candelilla es una planta característica de las zonas áridas del Norte de México, que ha sido durante décadas una fuente importante de sustento para muchas comunidades. De esta planta se obtiene una cera, que ha sido un recurso natural con múltiples aplicaciones industriales y que, además, guarda una profunda historia ligada al esfuerzo y la memoria colectiva de quienes la han trabajado en comunidades como Coyame del Sotol.

Para conocer acerca de este proceso, recurrimos al testimonio de Luis Alfonso Romero Torres, habitante de dicha comunidad y quien, basado en relatos de personas mayores como su tío Manuel Cruz, nos cuenta que el trabajo de la cera de candelilla en esa región se remonta si sus memorias no fallan aproximadamente entre 1911 y 1923. Fue en ese tiempo cuando según se cuenta, un ingeniero estadounidense del que desconocemos el nombre, descubrió el método para extraer la cera de la planta, producto que no se conocía y que a partir de entonces, este recurso comenzó a adquirir un gran valor dentro de la población.

En sus inicios,-refiere Luis Alonso- la cera era llevada de manera clandestina, “de contrabando” hacia Estados Unidos, específicamente a Lajitas, Texas. Habitantes de Coyame, La Paz y otras comunidades cercanas participaban en esta actividad, transportando la cera como contrabando.



Con el paso del tiempo, la comercialización se regularizó, y entidades bancarias como Banrural comenzaron a comprar la producción total, brindando incluso beneficios como seguro y pagos anuales en función de los kilos entregados, beneficios que Luis Alonso recuerda con gran estima.

Este trabajo con la candelilla no solo implicaba esfuerzo físico, sino también organización comunitaria, logística y funciones dentro de los grupos de trabajo. En lugares como El Álamo, Las Norias y El Mangle, familias enteras se dedicaban a esta labor.

Padres, hijos y trabajadores colaboraban desde la recolección y transporte hasta la venta de la cera.

Inicialmente, el traslado se hacía con burros, lo que refleja las condiciones rústicas y demandantes del trabajo en el desierto.

Durante todo este proceso surgieron diversos compradores. Entre ellos, Romero Torres menciona figuras como Eliseo Navarrete, Teodoro Calanche, Pedro Ramírez de Coyame, y comerciantes que llevaban la cera hasta El Presidio, así mismo, indica que más recientemente, empresas como Multiceras de Monterrey participaron en la compra, aunque eventualmente dejaron de operar en la región.

Durante la conversación con Romero Torres surgió la duda sobre el proceso de extracción, que tuvo a bien explicarnos de forma detallada. Según su explicación, la obtención de la cera de candelilla se lleva a cabo de forma completamente artesanal y que por lo tanto requiere de gran conocimiento y experiencia. Una vez que ha sido recolectada la planta, esta se lleva y se amontona en el campo. Posteriormente, se introduce en recipientes conocidos como “pailas”, donde se hierve hasta que comienza a liberarse la cera, producto que se busca con dicho proceso.

Durante este proceso, se encienden parrillas para mantener el calor, y se añade ácido sulfúrico, lo que permite que la cera se separe del agua y de los residuos de tierra y agua, subiendo así a la superficie. La cera extraída se traslada entonces a un tambo refinador, generalmente en cargas equivalentes a varias “pailadas”.

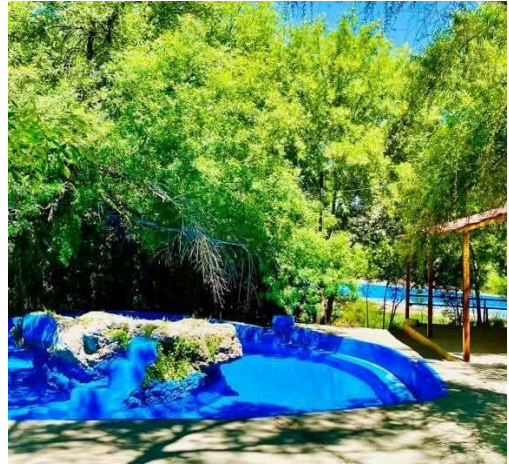
Después, la cera se vierte en hoyos en la tierra o en recipientes llamados “tinas”, donde se deja enfriar y solidificar. Al día siguiente, el material ya endurecido se quiebra con herramientas simples como martillos o piedras. Finalmente, se empaqueta en costales con capacidad aproximada de 40 kilogramos, listos para su venta y distribución, destinado al uso que se le vaya a dar, los cuales son múltiples en la industria moderna: Por ejemplo se utiliza en la elaboración de productos cosméticos, como maquillajes y cosméticos, debido a sus propiedades protectoras y su textura. También es empleada en la industria automotriz, donde sirve para recubrir cableados, proteger materiales plásticos y facilitar la fabricación de piezas mediante moldes de fibra de vidrio, funcionando de manera similar al teflón evitando que los materiales se adhieran a los moldes. Cabe destacar Luis Alonso hace especial hincapié en que gran parte del procesamiento industrial avanzado de este producto, la cera de candelilla se ha desarrollado en el extranjero, especialmente en Estados Unidos, donde ingenieros han perfeccionado su uso en estado líquido para distintas aplicaciones.

A pesar de su importancia histórica y económica, la actividad de la candelilla ha disminuido con el paso del tiempo, debido a múltiples factores como la reducción de compradores, los cambios en el mercado y las condiciones laborales que han afectado su continuidad. Sin embargo, su legado permanece vivo en quienes participaron en esta labor y forma parte ahora de la memoria colectiva de los habitantes de Coyame.

BALNEARIOS DE COYAME: UN SITIO PARA ESCAPAR

A veces entre el ruido y la prisa de la cotidianidad es necesario buscar un escape, una salida, algo así como una huida que nos permita reconectar, y ¿Qué crees querido lector? En el corazón del desierto de nuestro estado, donde pensáramos que el paisaje está detenido entre un cielo infinito y la aridez del desierto, brota inesperadamente un pequeño oasis que es, sin duda, una gran alternativa para ese escape: el balneario de Coyame del Sotol.

Este balneario, rodeado de naturaleza, es un espacio en el que se puede respirar otro aire y ver otro cielo y en el que el tiempo se desacelera. Desaparecen las filas interminables y las multitudes y su lugar, es ocupado por el silencio, el viento suave y el sonido constante del agua invitando a sumergirse. Estos balnearios no buscan competir con los grandes parques acuáticos y ese es precisamente su encanto que radica en la sencillez. Son espacios familiares, accesibles, donde se puede pasar el día entre chapuzones, carne asada y sombra improvisada bajo árboles o techumbres que se ha tenido a bien acondicionar con el objetivo de brindar una excelente experiencia, un ambiente cercano, auténtico y sin pretensiones, y al no ser el destino típico de turismo masivo, se convierte en una experiencia más íntima, más tranquila y más propia. Siendo para quienes viajan desde ciudades como Ciudad Juárez o incluso desde Chihuahua capital, una escapada diferente.



Además, el entorno te invita a complementar la visita. Después de refrescarte, de admirar el espacio, puedes recorrer los caminos de terracería, admirar los atardeceres que pintan el cielo de tonos intensos, subir a la capilla que se encuentra justo a un lado de las albercas y desde donde podrás observar todo el pueblo o simplemente sentarte a contemplar la inmensidad del paisaje. Lo que sí es seguro es que ahí, en ese sitio, podrás sentir todo más amplio, más despejado y mucho más libre.

Los balnearios de Coyame del Sotol son, en esencia, un respiro. Un recordatorio de que no hace falta ir lejos ni gastar de más para encontrar un lugar donde el cuerpo se relaje y la mente se despeje. Solo hace falta tomar la carretera, dejar atrás la prisa y permitir que el desierto te sorprenda con este oasis maravilloso.

COYAME ABRAZA, RECIBE Y PERMANECE CON NOSOTROS



Hay experiencias que se quedan más allá del trabajo realizado, que terminan marcando la forma en la que se entiende una comunidad y su manera de abrirse al otro. Con este texto cerramos la presente edición de Voces de mi Región, agradeciendo profundamente a las personas que hicieron posible nuestra estancia en Coyame del Sotol, y que, con su trato, generosidad y calidez, dieron sentido a cada momento del recorrido.

Este número nace también de esos encuentros humanos que recuerdan la importancia de escuchar a las comunidades desde dentro, entendiendo que cada lugar guarda una riqueza que solo puede descubrirse a través de quienes lo habitan y lo aman.

Por ello, queremos expresar un agradecimiento especial a todas las personas que nos recibieron y acompañaron durante este proceso.

En primer lugar, nuestro reconocimiento a Armando Reyes, presidente municipal, por abrirnos las puertas del municipio y acompañar con cercanía y disposición este proyecto cultural, fortaleciendo el vínculo con la comunidad.

A Arturo Sosa, secretario del Ayuntamiento, agradecemos su acompañamiento institucional y la atención brindada para que nuestra estancia se desarrollara en un ambiente de colaboración y apertura.

De manera especial, reconocemos a Miriam Muela, directora de Turismo, por compartir con nosotros la visión turística y cultural de la comunidad, guiándonos con sensibilidad hacia una comprensión más profunda del territorio.

A Abigail López, le agradecemos de forma muy especial su acompañamiento durante todo el trayecto, su cercanía y el cuidado con el que nos condujo, especialmente en nuestra visita a las Grutas de Coyame, donde su guía fue clave para vivir la experiencia de manera cercana y completa.

También extendemos nuestro reconocimiento a Karina Chavira, por su conocimiento, sensibilidad y por mostrarnos los espacios que dan identidad a la región con una narrativa cercana y viva.

A El Restaurante de Luli, agradecemos a su propietaria Luli por la calidez en la atención y por abrirnos un espacio donde la hospitalidad también narra la historia del lugar.

De igual manera, reconocemos al Coyame Inn, por recibirnos con esmero y ofrecernos un espacio de descanso que hizo posible desarrollar nuestro trabajo con tranquilidad y enfoque.

Durante nuestra estancia en las Grutas de Coyame, hubo también un acompañante muy especial: Tilín. Un perrito adoptado y cuidado por la gente del lugar que, con su presencia serena y constante, terminó siendo parte de la experiencia cotidiana, recordándonos la calidez que habita en los vínculos más sencillos.

En el recorrido por Cuchillo Parado, contamos con la compañía de una guía local y de una persona del municipio, quienes nos acompañaron durante la visita y nos permitieron acercarnos al lugar desde una experiencia cercana, sensible y profundamente humana.

Cada una de estas personas, espacios y momentos hizo posible que nuestra estancia fuera más que un trabajo editorial. En cada gesto, palabra y atención se reflejó el afecto profundo por su comunidad y la voluntad de compartirlo con quienes llegan desde fuera. Este número de Voces de mi Región lleva también esa huella: la de una comunidad que recibe, acompaña y comparte su historia con una generosidad que deja memoria.

GRUTAS DE COYAME

